

Maquiladoras en Ciudad Juárez

El México emocional que tanto nos falta

Guillermo Vega Zaragoza

Durante varios años consecutivos, Ciudad Juárez apareció en los medios de comunicación como la ciudad más peligrosa del mundo. Afortunadamente eso ha cambiado hoy, pero Juaritos siempre se ha distinguido por ser una ciudad de contrastes, donde conviven el crimen, la violencia y la muerte con las ilusiones y el quehacer cotidiano de personas honradas y trabajadoras, que aman y sufren, que tienen alegrías y desdichas, cuyas historias no son noticia si no se trata de alguna tragedia, y a veces ni eso, de tanto que hemos terminado por acostumbrarnos al horror que nos embarran a diario en la cara.

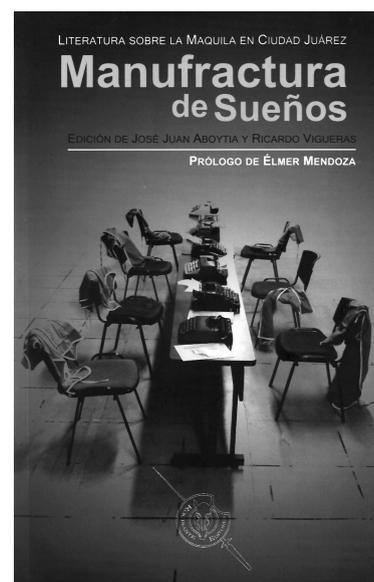
Un grupo de escritores juarenses —participantes del taller de novela El Zurdo Mendieta impartido por Élmer Mendoza en aquella ciudad entre 2009 y 2010, precisamente los años de mayor violencia en la ciudad— convocó a sus colegas y se dieron a la tarea de compilar, seleccionar y editar textos cuyo tema principal sería la industria maquiladora en Ciudad Juárez y todo lo que alrededor de ella se desprendiera, pero no desde el punto de vista de la economía, la sociología o la antropología, sino desde la literatura: la poesía, el cuento, la crónica, e incluso la historieta, pero tampoco para hacer una apología o un libro “turístico”. Los convocantes dejaron claro que en los textos a incluir “la maquila sería tratada como a cada quien le diera su gana: podría ser vituperada, halagada, difamada, homenajeadada, además de relatada, poetizada y dramatizada”.

De esta forma, José Juan Aboytia y Ricardo Viguera —editores de *Manufactura de sueños. Literatura sobre la industria maquiladora en Ciudad Juárez*— conjuntaron a treinta y tres autores (catorce de ellos mujeres) en un volumen singular, no sólo por su carácter misceláneo y por los diversos niveles de eficacia literaria de los textos, sino

porque resultó un ejercicio urgente y necesario para devolver la voz, desde la literatura, a la infinidad de personas que viven una realidad difícil y adversa, y que a pesar de los pesares albergan esperanza ante el porvenir.

En el prólogo del libro, el escritor Élmer Mendoza explica: “Las maquiladoras son la antesala de la muerte. Un lugar donde, después de catorce horas de repetir los mismos movimientos, todos se convierten en Charlot”. En tanto “los versos de los juarenses no se doblan ni pierden el sombrero: son claros, directos y concisos, los poetas han dejado los ejercicios de estilo para otro momento”, en los textos narrativos el estilo “es apropiado: sereno, emotivo y funcional; el registro lingüístico va de la norma popular a la estándar, con solvencia; la mayoría de las historias son breves y exactas y, desde luego, todas van directo al corazón; escriben para contarla”. Todo en palabras de Élmer Mendoza.

Los compiladores Aboytia y Viguera se preguntan sobre la pertinencia de un volumen de este tipo. “¿Por qué un libro de literatura sobre la maquiladora? ¿Para qué?”. Y su respuesta, contundente, nos deja sin argumentos en contra: “Enseguida surge el prejuicio de la inutilidad de la literatura, pero resulta que tiene una función sagrada. La función de la literatura radica en explicar la vida de una forma que trascienda el tiempo... La literatura pretende sintetizar la vida entera en la pequeña probeta de un alquimista, uno que busca la piedra filosofal para convertir los metales más viles en preciosos. A la literatura lo que más le interesa es explicar a las generaciones venideras la esencia humana de los tiempos pasados, aquello que se transmite de generación en generación. Con la excepción de los



historiadores, nadie lee periódicos editados hace cien años. Nadie leerá el *Diario de Juárez* de esta mañana dentro de un siglo. En cambio, la literatura, más allá de sus supuestas virtudes o bondades (casi todas falsas, dicho sea de paso) recorre el tiempo y está presente en todas las latitudes y en todas las épocas. Su vocación es la eternidad y su tema es la existencia”.

Al final del libro se ofrecen los perfiles de los autores. Me llama la atención el de Guadalupe Alvarado Aguirre, que participa con un cuento “El brindis”, por ser el más escueto: “Abuela estival; comeletras; hizo su tarea”. ¿Cuántos escritores mexicanos no estamos haciendo la tarea que nos corresponde? ¿Cuántos autores se siguen regodeando en su propia vanidad, en sus sueños guajireros de grandeza, en lugar de contar las historias que se necesitan para que los habitantes de las poblaciones más vulneradas de nuestro país recuperen la voz, para que sus existencias no sean en vano, para que sus muertes no se pierdan en el sinsentido, para, como dice Élmer Mendoza, “refundar el México emocional que tanto nos falta”?

A hacer la tarea entonces. **U**

José Juan Aboytia y Ricardo Viguera (editores), *Manufactura de sueños. Literatura sobre la industria maquiladora en Ciudad Juárez*, Laberinto Ediciones/Rocinante Editores, México, 2012, 237 pp.